

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay en la vida contemporánea unos cuantos tópicos, de tiempo, de opiniones, de orden sanitario, que á cada momento se presentan. Uno de estos tópicos es el reuma, vago é indefinible padecimiento, á veces designado con el nombre de artritis.

Que notáis en la piel cierta coloración rojiza, «Artritis». Que aparece una erupción franca ya, una urticaria, por ejemplo, «Artritis». Una cojera, «Artritis». Un viaje á baños, «Artritis». Una tos, «Artritis». Que se ponen como avellanas las junturas de los dedos, «Artritis». Que se engorda como una urca, «Artritis». Que se enflaquece y se debilita el estómago, «Artritis». El artritis, como el acreditado Proteo, adopta cuantas formas quiere, y puede decir de sí mismo, como se ha dicho del amor:

*Qui que tu sois, voilà ton maître:
il t'est, l'a été, ou est près de l'être.*

Los remedios del artritis son tan numerosos como inútiles. No tema nadie leer aquí un reclamo á tal preparación, á la solución H ó las píldoras B. Si el artritis se definiese, yo lo definiría como el residuo de la lucha vital. Ataca á todos los órganos, porque todos luchan y sufren; ataca á la sangre y á la piel, porque también toman parte en la batalla; y aunque confieso mi ignorancia y declaro que no sé si ataca al cerebro, sospecho que tampoco lo perdonará, y que muchos fenómenos mentales no serán sino diabluras artríticas.

Paréceme el artritis un musgo que se cría en el árbol humano y lo invade y se lo come. Verdad que tal teoría (¿se puede llamar teoría?) se invalida al saber que hay niños artríticos desde el vientre de sus madres... Echando mano de otra suposición, diremos que, como todo se hereda, heredaron esas criaturas aquella especie de fatiga senil que, bajo el nombre de artritis, sufrieron las generaciones anteriores...

Como nunca falta consuelo, dícese hoy del artritis lo que antaño se decía de la gota: que garantiza una vida prolongada. El que padece, por ejemplo, reuma articular con crisis de dolores fulgurantes, está seguro de tener que soportar muchas de esas crisis, que son un verdadero plato de gusto. Y el que se encuentra favorecido con la papeleta de reuma periférico—un reuma en que duelen todos los nervios á la vez, un encanto de reuma—tiene probabilidades de vivir en un grito algunos lustros.

Hay que pedir á Dios, al abrir los ojos á la existencia, que el reuma ó artritis que nos corresponda sea de los benignos, y con él podamos hacer buen menaje. Porque sin reuma, tengo entendido que pocos escapan; pero, lo mismo que el hombre que se casa puede hallar mujer tolerable ó mujer completamente insufrible, el reuma que nos esté destinado puede ser de aquellos que consienten existir, ó de los otros que hacen la vida imposible, de los que arrancaron reniegos y porvidas á D. Lope de Figueroa. Y añaden que sólo el reuma nos defiende contra la tisis. Todos, según noticias, albergamos en nuestro organismo al famoso *virgula*, el de Koch, y es el artritis vigilante el que impide á ese microbio romántico empujarnos hacia el desenlace rápido del drama vital.

Somos, en opinión de los inteligentes, comparables á una chimenea. Si la chimenea tira bien y mucho, la llama se activa, la leña se consume demasiado pronto, y sobreviene la tisis. El artritis es el hollín, la ceniza que obstruye. La llama arde más lenta, pero no se extingue por consunción.

Todo esto me suena á explicación excesivamente clara, y los misteriosos fenómenos vitales no suelen tenerla así; hay en lo del reuma algo que no com-

prenderemos nunca; me lo temo. Sin embargo, no deja de satisfacer la imagen de la chimenea.

Del artritis no preservan ni las privaciones, ni una vida sobria y laboriosa, ni nada, que yo sepa. Algunas veces leo que es enfermedad de ricos y de intelectuales; que la engendra la mesa opípara, el sedentarismo. Por desgracia, no está probada ni mucho menos, la afirmación. Si lo estuviese, con sujetarse á una alimentación frugal, con andar todos los días unos cuantos kilómetros, tendríamos el problema resuelto. No digo que no convenga el régimen sano, sencillo y natural; como también son útiles ciertos medicamentos (nada de anuncio de casa de productos químicos) y el zumo de los limones estrujados.

Llamo régimen sano á la comida poco complicada, poco variada, sin picante, sin especias, sin sobra de grasas, con absoluta abstención de alcohol y preferencia al vino blanco. Los artríticos están sentenciados á prescindir de las delicias del Oporto, del granate del Borgoña, de las perfumadas trufas y de la vena-tería y caza, así como de los apetitosos mariscos, los pescados azules, (entre los cuales figura la sardina, que en las costas del Noroeste se cría tan excelente), y del jamón rosado que York nos remite... Existe incompatibilidad entre los refinamientos gastronómicos y la curación del reuma.

Un amigo mío, que venía padeciendo desde hacía tiempo no sé cuál de esas enfermedades que tan pronto atacan á un órgano como á toda la economía—y que pueden ser cosa muy seria, ó no ser nada,—se decidió por fin á consultar á un médico. El doctor le oyó con interés, le hizo miles de preguntas, y al cabo dispuso su plan. Era semejante al de los partidos políticos cuando adoptan una actitud de ofensiva dignidad: todo se volvía abstenciones. «Abstenerse de fumar... Abstenerse rigurosamente de este plato, de este manjar, de esta bebida, de todas las bebidas... Abstenerse de descansar, de estar en la cama hasta tarde, de salir de noche, de trasnochar, de dormir siesta... Abstenerse de... y de...» ¡En suma, de todo! El paciente escuchaba meditabundo... Y, cuando terminó de leer su sentencia el sabio, alargó la mano, recogió el papel, y declaró, terminantemente:—Venga... Lo guardo, como documento... ¡Pero lo que es seguirlo..., prefiero morir! Para esto, ¿á quién demonio le importa conservarse?

Sin duda merece censuras este epicureísmo; no es que la vida valga mucho; pero tampoco sus goces valen el perderla. Y la sobriedad, la sencillez, tienen gusto y sazón peculiares. Como es sabido, el conde Tolstoy se impuso la alimentación vegetal, para asemejarse más á los mujicks y á los desheredados de la tierra, que no suelen alimentarse de *roastbeef* ni de cabeza de jabalí. Pues bien; como poseía un estómago privilegiado y un paladar no estragado, el autor de *Ana Karenine* llegó á encontrar exquisitas las sopas de avena en leche, los fritos de pasta de patata y las conservas de fruta, y hasta el potaje de coles, que, si mal no recuerdo, se llama en Rusia *chitchi*. Por mi parte, sin que me esté ordenado éste ó aquel régimen, ningún inconveniente tendría en someterme al del conde. Las coles gallegas me gustan igual que las trufas del Périgord.

Volviendo al artritis, he oído decir que, lo mismo que los catarros, se debe á la mala costumbre adquirida por el hombre, desde el Paraíso, de vestir su cuerpo. Si anduviésemos como andan todavía algunos salvajes, con un cinturón de conchas por indumento, nos veríamos libres de infinitos alifafes y dolamas.

También he leído, ya no recuerdo dónde, que un preservativo seguro contra el reuma es el tatuaje. De suerte que volvemos á todo lo primitivo; la desnudez, la piel dibujada, y hay que suponer que un día nos dirán que contra el coriza existe un remedio supremo; el anillo colgado de la nariz.

—¿No observa usted, advierten, que los salvajes no conocen el uso del pañuelo, ni experimentan la necesidad de abrigarse, como nosotros? Los catarros, el reuma, son enfermedades de civilización.

Para hablar de algo más actual (aun cuando la actualidad del artritis es permanente), dedicaré algunas líneas al Congreso Eucarístico.

He salido de Madrid para el campo mucho antes de que se verificase esta solemnisísima demostración, y mi crónica llegará á publicarse días después de haberse realizado. Los periódicos diarios darán descripciones amplias. No trato de recoger la impresión que ellos recojan. Sólo quiero decir que, aparte de lo que afecta á la fe y á las creencias, el Congreso es un acontecimiento de primera magnitud para el comercio y el turismo; para intereses materiales y legítimos que aquí conviene fomentar á toda costa. El Congreso Eucarístico es el primer paso, gigantesco, hacia la Exposición Universal de Madrid.

Nos conviene ser conocidos. Sin que yo niegue las deficiencias que, con respecto al ideal del moderno *comfort*, puede hallar en España el viajero, creo que mayores son las sorpresas favorables que ese mismo viajero encontrará, si es observador y viene preocupado con la leyenda negra española, con las opiniones que respecto á España puede haber escuchado ó leído. No podrá menos el viajero de notar la belleza, la originalidad de este país, su riqueza monumental, artística, sus variadísimos climas, los lugares deliciosos que le adornan; y, en el terreno de consideraciones más prácticas no faltará quien se haga cargo de las fuentes de riqueza que cabría descubrir, las feracidades del suelo, sus productos, los veneros de abundancia, no explotados todavía, y también las faltas remediables, lo que la actividad y trabajo del hombre añaden á la obra de la naturaleza. Quizás la vieja leyenda de la inseguridad personal del viajero en España dure aún; quizás esa fama siniestra que llegaron á disfrutar nuestros salteadores y bandidos, aun persiste. No hay cosa que tenga la vida más dura que una leyenda. Para muchos, la España de pandoreta es la España verdadera y genuina. Y no faltará quien eche de menos á los salteadores, José María y Diego Corrientes; pero la inmensa mayoría de los turistas preferirá no correr tales aventuras, por lo que pueda tronar. Importa, pues, que nos vean de cerca, que se enteren de que no existen aquí espantajos, y si todo el que viaja está expuesto á que le suceda algo que no puede ocurrirle al pacífico burgués que no se mueve de un silloncito al lado de la chimenea, la proporción de accidentes desagradables no es superior á la que se registra en cualquiera otro país. Y también podemos esperar, de la venida frecuente de extranjeros, que mejore el servicio de nuestras líneas férreas, el de nuestros hoteles, los itinerarios; que, en suma, este importante aspecto de nuestra vida nacional progrese, en beneficio general, y trayéndonos rendimientos pingües.

En Madrid, el Congreso movió gran revuelo entre las altas señoras, deseosas de alojar con el mayor decoro y comodidad á los Prelados. A pesar de la escasez de los hospedajes en la corte, por ahora no condicionada para recibir tal golpe de forasteros, es seguro que se vencerán las dificultades y la acogida y la residencia serán gratas. La cordial hospitalidad española es otro aspecto de nuestro carácter y nuestro modo de ser, que nos honra y nos realza. En ninguna parte acaso se obsequia de tan buen talante y con tan franca simpatía como aquí al huésped. Quizás se peque de exceso, no diré en esta ocasión, pero en otras, y á menudo se habrán sorprendido los propios obsequiados al notar que, pasada la frontera española, se los trata como á personajes, que lo sean ó no.

No hay tiempo—dado el plazo en que debe salir para su destino esta crónica, remitida desde las Marañas de Betanzos á la ciudad condal,—de saber quiénes han acertado en sus augurios: si los que anuncian desórdenes el 29, ó los que suponen que todo va á salir como una seda. Si por desgracia los mejores profetas fuesen los primeros, los enemigos de España se regocijarían, y nuestra leyenda negrísima recibiría triste confirmación. No habría palabras bastantes para condenar á los que cometiesen un desmán, el más leve. En las naciones civilizadas, ha desfilado la serie de los creyentes, de los devotos de Jesús sacramentado, entre el respeto universal.

Semejante respeto á la conciencia humana es una de las conquistas de la edad moderna. Y no puedo menos de añadir que el mayor enemigo del cristianismo no encontrará nada que oponerle victoriosamente, como doctrina social. Lo anticristiano es antisocial en su esencia. Así, aunque sólo viésemos en las enseñanzas de Cristo una disciplina social más eficaz, más probada que las restantes, siempre deberíamos inclinarnos al paso de la procesión en que se le reverencia y adora. No es posible que ya nos engañemos respecto á la trascendencia y significación de otras ideas. La sociedad está en crisis. Cada día lo demuestra, porque los hechos hablan más claro y más alto que las teorías. El hecho que está contenido en la raíz de una teoría, es el único que brota fatalmente de ella: los libros, las disertaciones, pueden ser elocuentes y hábiles, ó apasionadas hasta arrastrar á la persuasión; pero detrás de lo impreso y lo hablado está lo vivido, el hecho revelador, y nadie se equivoca si juzga á las doctrinas por sus resultados positivos.

Al depositar esta crónica en el correo, abrigo la esperanza de que el Gobierno, en interés propio, sabrá evitar perturbaciones, y nos dejará bien ante esa Europa con la cual siempre nos están amenazando, como al niño con el coco. Que no digan...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.